

DISCURSOS CÍVICOS

QUE EN EL SOLEMNE RECUERDO

DE

LA GLORIOSA INDEPENDENCIA DE MÉXICO



Y EN EL TEATRO Y JARDIN DE LA
CATEDRAL DE SAN JUAN DE LOS RIOS
EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1876

FONDO
BERNANDO DIAZ RAMIREZ

EL 18 DEL MESMO



GUERRERO

Imp. del Comercio, calle de la Flor-paja número 1.

1876

La fortuna el espíritu que animó a los soldados de Mi-
crados en Maraton de Temistocles en Salamina de Leonis
das en las Termópilas de Pausanias y Aristides en Plataea
de Camilo y de Fabio en las cercanías de Roma, se desper-
tó en los de Alhambra, Hidalgo y Abasco que adquirieron
señales victoriosas en Guadalupe y las Orizcas. Estos
guerreros eran vivificados por el soplo de la independencia;
estos generales que se creían ineptos, araban en valor y
patriotismo; y este pueblo entumecido con el peso de los
grillos de la esclavitud se levantó indomito con el pino de
la libertad.

CONCIUDADANOS:

Por trescientos años bien...
vo mundo desde el estrecho de Magallanes, está en el Sur
hasta las apartadas regiones de las Antillas y Nuevo
México, por el Norte, sigue como fiel satélite todas las
El recuerdo glorioso de la noche del 15 de Setiembre
de 1810 hallará eco en el corazón de los mexicanos
hasta la mas remota posteridad. El grito de inde-
pendencia lanzado en Dolores por el cura inmortal
D. Miguel Hidalgo y Costilla, abrió a nuestra avasallada
patria la risueña esperanza de mejor destino, y cambió la
faz del nuevo mundo rompiendo las últimas cadenas que
lo ligaban al continente Europeo: este grande y memora-
ble suceso, eterna lección para los pueblos y para los reyes,
será en todo tiempo celebrado con júbilo, porque inauguró
para México una era desconocida poniéndolo en posesion
de su indisputable autonomia, é inscribiendo su nombre en-
tre los pueblos que marchan por la vía del progreso a la
conquista civilizadora de las instituciones libres.
Este grandioso esfuerzo de la Nación para vindicar sus
derechos, no podia menos que alarmar a los que a la som-
bra de la tiranía la explotaban en su provecho. Apenas
fue escuchada la voz de Hidalgo, cuando se formaron alian-
zas monstruosas, para volver al pueblo insurreccionado a
la obediencia y al servilismo. ¿Qué resistencia opondrian a
las falanges aguerridas de los conquistadores, a sus capita-
nes envejecidos en el arte de los combates, los improvisa-
dos voluntarios de la independencia, dirigidos por la mano
trémula del anciano sacerdote que no habia empuñado has-
ta entonces otras armas que la cruz y el incensario?

Por fortuna el espíritu que animó á los soldados de Milciades en Maraton, de Temistocles en Salamina, de Leonidas en las Termópilas, de Pausanias y Aristides en Platea, de Camilo y de Fabio en las cercanias de Roma, se despertó en los de Allende, Hidalgo y Abasolo que adquirieron señaladas victorias en Granaditas y las Cruces. Estos guerreros eran vivificados por el soplo de la independencia; estos generales que se creian inexpertos, ardian en valor y patriotismo; y este pueblo entumecido con el peso de los grillos de la esclavitud se levantó indómito con el brio de la libertad.

Por trescientos años, bien lo sabeis, casi íntegro el nuevo mundo desde el estrecho de Magallanes, allá en el Sur, hasta las apartadas regiones de las Californias y Nuevo México, por el Norte, siguió como fiel satélite todas las vicisitudes, todas las faces, todos los movimientos, vacilaciones y decadencias de la monarquía española: por sucesivas conquistas de las distintas soberanías, que ocuparon antiguamente el rico territorio, desde Tehuantepec hasta las Floridas y Nuevo México, se habia formado el importantísimo Vireynato de Nueva España. La justicia y la paz dándose como siempre la mano en el regazo de la Religión y de la moral, hacian fácil y sencillo el gobierno, que recibiendo sus impulsos del venerado trono de Castilla, no tenia que hacer otra cosa que levantar la vara del mando en la Capital del Vireynato, para que volaran sus mandatos con la rapidez del viento hasta los últimos confines del territorio en alas de la mas franca y leal obediencia. Así pasaba México los años y los siglos en el dulce beleño de una paz que pudiera haber envidiado el tiempo mismo de Augusto, sin cuidarse de otra cosa que de las ilusiones lisonjeras que la paz, y solo la paz sabe inspirar á los pueblos.

Tan profundo era este letargo, que México embelesado con él, ó no pudo ó no quiso despertar ni al estallido de los cañones de las poderosas casas de Austria y de Borbon que se disputaban, allá en Europa su posesion á la muerte del desgraciado, cuanto imbécil, Carlos II, en la terrible, devastadora guerra de sucesion al trono de las Españas; la Nueva esperaba tranquila y confiada, el definitivo de-

senlace de aquella sangrienta lucha para rendir despues humilde vasallaje al vencedor afortunado, que hubiera de colocar al fin sobre sus sienes la brillante corona de Castilla. México en consecuencia siguió obedeciendo á Felipe V con la misma sumision y rendimiento que habia demostrado al último infortunado vástago de la dinastía Austro-Española.

Mas cien años despues, pasadas cuatro generaciones, el trono de las Españas vuelve á conmoverse, y esta vez con terribles y espantosos sacudimientos que amenazan de ruina á la dinastía reinante: el árbitro de Europa, el conquistador de Italia, de Egipto y Palestina, el vencedor en Marango, en Ulm, en Austerlitz y en Yena invade con sus huestes, que hasta entonces parecian invensibles, los antiguos dominios de los Alonsos y Fernandos, de Carlos V y Felipe II: la mas inaudita ceguedad conduce al débil Carlos IV y á su desnaturalizado hijo Fernando á Bayona, en donde con propia mano se arrancan la codiciada corona de las Españas para ponerla en las sienes de José Bonaparte, hermano del gran capitán del Siglo. Murat reasume de los consejos á nombre del nuevo monarca y como su Lugar-Teniente todos los supremos poderes del trono: así manda y es obedecido en Madrid: la Monarquía entera se conmueve y los sacudimientos vienen á hacerse sentir con violencia hasta los últimos confines de las mas remotas colonias: el Teniente general D. José Iturrigaray siente desplomarse su trono vireynal y percibe con terror en su cabeza las vacilaciones mismas de su asiento. ¿A dónde llevarán á la antigua España los sucesos? ¿qué será de la familia pocos dias antes reinante? ¿Se asegurará en el trono la nueva dinastía de Napoleon? ¿Logrará alguno de los príncipes de la antigua casa de Borbon evadirse de Europa para acogerse á sus posesiones ultramarinas, como lo hizo la casa de Braganza en Portugal? Cuestiones eran estas, Señores, de muy difícil resolucion, no diré acá en México, sino aun allá en el teatro mismo de los sucesos.

Iturrigaray en tan críticas circunstancias, busca naturalmente un apoyo en las autoridades constituidas, en el Real Acuerdo y sobre todo en el Ayuntamiento de México. Los Síndicos Verdad y Azcárate ponen en sus manos una

exposicion suplicatoria para que siga ejerciendo los supremos poderes sin dependencia alguna del Rey José ni de su Lugar-Teniente. Todo ello estaba bien, segun las miras del Virey; mas la Real Audiencia con todos los hombres pensadores del pais no podia dejar de echar de menos el cimiento de semejante edificio.

El alcalde de Corte D. Jacobo Villaurrutia, propuso como único medio racional en las circunstancias, la convocacion de una junta representativa del Reyno de la Nueva España, que diera la conveniente investidura de su autoridad al Virey, y en cierta manera le sirviera de contrapeso en defecto del trono.

Y apareció la luz, Señores! Hé aquí la idea de la independencia de nuestra patria: hé aquí á México bastándose á sí mismo, y que concibiendo sus propios intereses en oposicion con los del trono derrocado, juzga con razon y con justicia que ha llegado el momento de su emancipacion.

El ayuntamiento de México, el de Veracruz y el de esta siempre benemérita ciudad de Querétaro basaron en esa idea sus representaciones. Ella no estaba, pues fuera de razon y distante del lugar que le competia; y entónces ó nunca se habia de proclamar y hacer la independencia de este suelo, sin estrépito y sin sangre.

Y ¿quién podria disputar á México sus derechos para establecer una junta, un gobierno cualquiera, que reasumiera la autoridad del trono, si no se los habia de negar á Sevilla, á Córdoba, á las Asturias, á las provincias todas de la península, para convocar y formar sus juntas soberanas en ausencia del legítimo monarca? ¿Qué partido tomar con los despachos contradictorios de las diversas juntas españolas, que quisieron tomar por de pronto ingerencia cada una de por sí en los negocios de las colonias?

Y este derecho de México es el que ha dado en todos tiempos la forma al mundo. Tan seguro es él por sí mismo, que no haya miedo de que no sea reconocido universalmente como uno de los primeros derechos de los pueblos. Preguntad, Señores, al Egipto, á la Misia y la Frigia, á la Licia y la Panfilia, á la Tracia y la Paflagonia, á los Estados todos del vasto Imperio de Alejandro; con qué derecho se constituyeron á la muerte de aquel conquistador

en pueblos soberanos é independientes, gobernados por leyes acomodadas á sus propias y especiales exigencias? Os contestará por ellos la historia, que si la ley de la fuerza los llevó atados por mucho tiempo al victorioso carro del vencedor de Dario, no habia ley ninguna que los hubiera de dejar sujetos á la debilidad de una muger porque llevara en su seno al hijo póstumo de aquel héroe. Preguntad al Occidente; por qué se separó en la edad media de la corte de Bysancio, y desconoció la autoridad de los emperadores de Constantinopla, al tiempo que estos apenas podian sostenerse en un trono que vacilaba al formidable golpe del hacha del Búlgaro y de la cimitarra de los Musulmanes? Preguntad en las edades modernas, preguntad á las potencias todas de la civilizada Europa, cuáles son sus títulos para haberse constituido en naciones separadas del Imperio Romano?

Ved aquí, Señores, los derechos con que México demandaba de España su soberanía, ellos son los derechos de todos los pueblos; á los cuales aunque procedentes de una misma familia, dióles el Supremo Autor y Conservador del orden moral, diversas necesidades, diversas exigencias é intereses, junto con las facultades de procurarse por sí mismos su propio bienestar. Pero escrito estaba en el gran libro de los destinos, que la independencia de México no se habia de hacer sin costosos sacrificios de vidas y de sangre: que ella no se alcanzaria sin los heroicos afanes de sus hijos, ni sin que muchos de estos tuvieran que ofrecerse victimas voluntarias en aras de la patria.

Fácil era entrever las consecuencias de la junta soberana, una vez erigida en México. Todas las miras, pues, del comercio y de todos los españoles avecindados en esa Capital, se encaminaron naturalmente á estorbar la consumacion de aquel proyecto, decidido de antemano, aunque sin conocer todas sus tendencias, en la mente del Virey. Determinaron la destitucion á mano armada de este funcionario y una vez lograda lo pusieron en prision; frustrando así las esperanzas de la Nueva España de lograr por medios pacíficos y puramente racionales la preciosa joya de su autonomia.

Si por fin la habia de alcanzar, si la suspirada indepen-

dencia habia de hacerse, preciso era empuñar las armas para demandarla; y aquella ó nunca era la ocasion que debia aprovecharse, porque en aquellos momentos era cuando no se sabia á qué atenerse de seguro con relacion á la soberanía española: en aquellos momentos era cuando los monarcas de España habian abdicado indigna y cobardemente su carácter en Bayona: en aquellos momentos era, en fin, cuando se habian puesto decididamente en pugna abierta los intereses de la península con los de sus lejanas y extensísimas colonias.

Pero ¿quién será el varon arriesgado, heroicamente atrevido, que empuñe el estandarte de la rebelion, cuando el Virey con todo el prestigio de la autoridad y del poder, por solo un pensamiento, por una idea sola que tenia tales tendencias, habia caido instantáneamente desde el trono vi-reynal á la lobreguez de un calabozo? Desde luego no habrá quien ponga sus ojos ni fije sus esperanzas en un Párroco anciano, que constantemente respondia á los que á tal proyecto lo incitaban; "que los autores de tales empresas jamás veian el éxito de ellas". Y sin embargo, ese anciano sexagenario, el Cura de Dolores D. Miguel Hidalgo y Costilla, levantando el estandarte de la patria, lanza el grito sonoro atronador que repitiéndose en los aires con eco terrible y poderoso pone en conflagracion á toda la Nueva España.

Este, Señores, es el gran dia de la patria, dia de nuestra regeneracion social, principio de nuestros fastos gloriosos, consignado con caracteres indelebles en nuestra historia: dia venturoso que en medio del inmenso número de siglos que marchan sin cesar á sepultarse en el abismo insondable, que llamamos pasado, brillará con eterna aurora, alumbrando con sus esplendentes rayos á la mas remota generacion,

Escritores sistemáticos, abusando de su ventajosa posición en la sociedad y en las letras, han querido oscurecer el brillo de esta purísima jornada, sin ejemplo en los anales del mundo. Mas especulativos que prácticos, han pretendido medir la marcha de esa magestuosa revolucion, y poner coto, al hirviente mar de las pasiones de un pueblo irritado. No han considerado que su vasto plan no podia

realizarse sin grandes trastornos y fuertes sacudimientos, que en el órden moral como en el fisico, dejan marcado su paso con profundas y perdurables señales. Pretender que una revolucion, que conmueve los cimientos de la sociedad, y choca con intereses arraigados, pueda ser llevada á cabo por medios pacíficos y de pura conviccion: es desconocer la historia de la humanidad, y las ideas sencillas y naturales que nos suministran diariamente los sucesos: es olvidar que Hidalgo tuvo un enemigo poderoso que combatir y enormes resistencias que vencer.

El impulso que dió á la insurreccion habia sido demasiado grande, para que ningun hombre lo hubiera contenido.

Una lucha devastadora y sangrienta siguió á este grandioso acontecimiento, que forma época en los anales de la República. Hidalgo, Allende, Jiménez y Aldama guiaron al ejército insurgente en los reñidos combates de Guanajuato, las Cruces, Aculco y Puente de Calderon. En las Norias del Baján fueron hechos prisioneros, el 21 de Marzo de 1811, y conducidos á Chihuahua; lugar en que sufrieron la muerte con heroicidad digna de la causa á que consagraron sus vidas.

La sangre de estos primeros caudillos, en vez de apagar el incendio, solo sirvió para avivarlo. Ella produjo otros adalides que prosiguieron su noble empresa. Tal fué Morelos, grande por sus hazañas militares, y en el consejo como hombre de Estado dió una forma regular á los elementos dispersos de la insurreccion, reunió en Chilpancingo el primer Congreso Nacional; y alcanzó las victorias de Citlala, Oaxaca y Aculeingo; sosteniendo despues el sitio de Cuautla, en el que adquirió fama imperecedera. Tal fué Rayon, cuya retirada del Saltillo, recuerda á Clearco y Xenofonte. Tales fueron, Mina, el héroe de Peotillos, Matamoros, vencedor en San Agustin del Palmar, Villagran, impassible á la muerte de sus hijos, Galeana, el brazo derecho de Morelos y cuya terrible lanza fué el espanto de los realistas; Bravo que perdonó la vida á trescientos españoles, cuando supo que el gobierno acababa de inmolar á su padre. Todos estos héroes cayeron, segados por la inexorable cuchilla del opresor, con escepcion de Rayon y Bravo

que fueron sepultados en las lóbregas mazmorras de la Inquisición. Un solo caudillo quedó en pie en esa general destrucción y refugiado en las ásperas montañas del Sur de México: conservó ileso el fuego sagrado de la independencia, que amenazaban extinguir los ejércitos realistas y la insidiosa conducta del Virey, Conde del Venadito. La Nación desalentada parecía aplazar sus esperanzas para mejores tiempos. Solo D. Vicente Guerrero no desesperó, habiendo permanecido insensible aun á los ruegos de su mismo padre que en nombre del gobierno español le ofrecía honores y recompensas por su adhesión.

Mas la hora fatal del término de la dominación española sonó al fin, abismándose como una sombra siniestra en la oscura noche del pasado al asomar la aurora del 27 de Setiembre de 1821.

El pintoresco valle de México, que en medio del paraíso que habitamos, sobresale en belleza y lozanía, era el punto en donde la Nación había concentrado lo más florido de sus elementos, de vigor, inteligencia, y heroísmo. La excelsa cordillera que le ciñe como un anfiteatro de titanes, señoreada por montes adornados con diademas de hielo, era el digno asiento de las pasadas generaciones que evocadas por la patria de la tumba secular en que yacían, iban á presenciar el espectáculo mas grandioso que registra nuestra historia; el de la consumación de la obra de Hidalgo y de Morelos, el premio de sus heroicos sacrificios.

Medio cubierta la ciudad con la azulada niebla de sus lagos como con un velo indeciso, aparecía allí en la llanura, semejante á una diosa reclinada en un lecho de flores; allí está la ciudad poco antes esclava que al respirar las primeras auras de la libertad, se siente embriagada de noble orgullo, para tomar su asiento entre las Naciones de la tierra, y luchar con las incertidumbres de un nuevo porvenir; allí está la ciudad vestida de fiesta, radiante de alegría y hermoseada con nuevos encantos, esperando ansiosa el momento de recibir en su seno á los redentores de su dignidad, á los restauradores de su antiguo brillo.

Llega ese momento, y un ejército de héroes atraviesa en columna las calles de la Capital, cuyos edificios espléndidos han engalanado la gratitud y la ternura. Nunca ma-

yor y mas animado concurso inundó sus avenidas. El sol hacia centellear las armas llevadas por aquellos hombres singulares que durante dos lustros no habían tenido otro pensamiento que la patria, ni otro estímulo que la libertad. Entre ellos venian Herrera, Bustamante, Barragan y Quintanar, los Bravos, Terán, Cortazar, Victoria, y el inclito Pedraza. Al frente de todos y acompañados de los principales vecinos de la Capital aparecían Iturbide y Guerrero. Estos dos caudillos eran la personificación de los dos periodos de la lucha: la reconciliación del pasado con el porvenir; eran dos épocas que se daban la mano; dos ideas que se completaban para fundirse en el mismo pensamiento; y un saludable y necesario ejemplo de union, elemento indispensable para que una sociedad llegue á ser próspera y dichosa.

Como se agrada el alma deteniéndose en el recuerdo de las épicas figuras de los independientes, que aparecen en el gran cuadro de nuestra nacionalidad gigantescas y bañadas con todos los esplendores de la poesía. Los pueblos llegarán á constituir una sola familia, pues tales son las tendencias de la civilización, tales las aspiraciones de una política generosa, tales las exigencias del progreso basado en la mancomunidad de intereses, en la propagación ilimitada de las luces, en el trabajo de todos para todos y en la participación equitativa de los mismos goces, de los mismos afanes y de los mismos contratiempos en la humana existencia. Pero el espectáculo de una Nación en los momentos que preceden á la realización de un cambio, de una peripecia en la vida social ó política, es altamente interesante é instructivo. El corazón se complace á la vista de una sociedad tal cual la modeló la naturaleza ó un conjunto de causas peculiares en el trascurso de los siglos; que sin desprenderse de sus antiguos hábitos, encastillada en sus costumbres y adorando sus tradiciones, entra sin embargo en la nueva senda por donde la llaman principios mas luminosos, una perspectiva de mayor ventura, y sobre todo, ese poder misterioso, sobrenatural é irresistible que nombran algunos fuerza de las cosas, y en que nosotros reconocemos la ley indeclinable de la Providencia que obliga á las sociedades á transformarse. Esos momen-

tas son tambien de acción y superabundancia de vida, en que se presentan á obrar los grandes caracteres, los héroes, los hombres privilegiados, favorecidos con la magia de la palabra y con todos los recursos de la fuerza. **Época sublime de la independencia de la patria!** Sombras angustias de Hidalgo y de Morelos! **Generación homérica á quien fué concedido cerrar para siempre las puertas de un pasado de oprobio y encaminarnos hacia las doradas regiones de la libertad!** No será vuestro existencia mas que una poética mentira? Vuestros hechos y grandes proezas, ¿no serán creaciones nacidas del mundo risueño de la fabula? **La historia de vuestra vida, cuadro imparecedero, donde resplandece el númen al lado de la sencillez, y la modestia asociada á los milagros del valor, ¿no será por ventura una piadosa leyenda ideada por nuestros mayores para inclinarnos á la virtud?** Tal es la duda que autoriza el triste espectáculo de la mengua y degradación de las generaciones posteriores. **¿Dónde están esos hombres cuyo corazon, templado en la fragua del patriotismo, dictaba acciones inmortales?** A los gigantes ha sucedido una descendencia bastarda, indigna ya hasta de conservar el sagrado depósito de las glorias de sus padres. **Hijos de los insurgentes, alzaos! No más molchie, no más desórdenes, no más fangol. Jóvenes sois y no os sientan los afeminados vicios de las sociedades decrépitas. De-sechad los harapos de vuestras afejas rencillas; limpiad el frente del polvo de las mezquinas ambiciones. Mirad, el Oriente ha oscurecido cubierto de tempestades. El nublado se presenta amenazante para invadir vuestro cielo azul! Quizá fulminará contra vuestras ciudades! Si mis vuestros esfuerzos, no temais, porque resistireis los rayos como el pórvido de las montañas; la union os dará la omnipotencia! Mas si permanecéis embriagados con la fiebre de las discordias; si no deponéis el trage muelle de la orgía para revestiros de fortaleza; si no dejais la existencia del reptil para emprender el vuelo del aguila, simbolo de vuestro espíritu primitivo, temed! El coloso que asoma por las regiones heladas del Norte, tomará en su mano de hierro vuestro ser político, y deshaciéndole como un juguete inútil, le arrojara al abismo!**

Mas de sesenta años de tempestades políticas y tormentas revolucionarias han orillado al naufragio al deteriorado bajel de la patria. Con los ojos fijos en una felicidad que se aleja, con el arma al brazo para conquistar la paz pública, sojuzgados por afejas preocupaciones, combatidos por todo género de vicios, atormentados por los excesos de las pasiones, procurando destruir en vez de edificar; tiempo es ya, mexicanos que volviendo sobre vosotros mismos, dejéis de ser los gladiadores de la libertad para convertirlos en sus verdaderos fundadores, bajo la sombra benéfica de la Constitucion. Dueños de vuestros propios destinos, no os falta mas que dar vuelo á la energía de vuestras almas para imponer silencio á toda voz que no sea la del bien comun; haciendo suceder la luz á las tinieblas, el orden al caos, el reposo á las convulsiones, la justicia á la arbitrariedad, la libertad á la licencia, el crédito público á las sugestionés del interes privado, y todas las verdades del orden social á las desastrosas quimeras de la anarquía.

¡Querétaro, ciudad de la Ortiz, de Dominguez, Covarrubias, Osoreo, Gil de Leon, Epigmenio Gonzalez, Lazo de la Vega, Arellano y Gómez Pedraza! los talentos y virtudes de tus hijos serán siempre tu legítimo orgullo, y harán pasar tu nombre á la posteridad mas remota! Noble ornamento de mi patria, favorita de la naturaleza, grande es el papel que has representado en las vicisitudes de la política de México, y en medio de su creciente desarrollo moral é intelectual. Consérvate siempre fiel á tus tradiciones de humanidad y benevolencia, para crecer mas y mas en tu amor á la libertad y al progreso. Sé siempre la ciudad culta donde la honradez es una aristocracia y el saber un título de nobleza! ¡Plegue al cielo que no siendo estéril la sangre de tus mártires é inspirándote en los sentimientos de un glorioso pasado, seas el mas firme baluarte de la independencia y contribuyas en adelante á la gran obra de nuestra regeneracion.

LUIS CASTAÑEDA.